

I.- La Sociedad y el Enfermo Mental

A TRAVES de la historia el enfermo mental ha ocupado siempre una posición especial. La sociedad no puede quedar indiferente ante aquel individuo distinto, peculiar, extrapolado, que desde su soledad y su estar desprendido de intereses vulgares desafía sus leyes y remece sus principios. Así es como su rango social ha sufrido grandes altibajos y ha sido admirado y vilipendiado, elevado a la categoría de mago o de santo y reducido a cadenas y torturas como el peor delincuente; ha sido el santo y el pecador, el poseído, el vagabundo, el mago, el sacerdote, el alquimista, el sabio, el poeta, el artista, también el político (recordemos a un Calígula o a un Nerón). Ningún destino humano de cierta singularidad ha dejado de ser sinónimo de locura. Por otro lado muchos personajes históricos de significación han tenido episodios de enajenación que un siquiatra moderno habría clasificado dentro de la patología. La relación entre genialidad y locura es una de las cuestiones de más alto interés antropológico, habiendo sido tratada una y otra vez por ensayistas, filósofos y sicólogos. Por eso no se puede ser indiferente frente a ellos, porque la violencia arranca al "normal" de su mundo rutinario y opaco para referirlo a esferas más hondas, casi abisales de lo humano.

¿Cuál ha sido la actitud de la sociedad moderna de corte tecnológico-industrial y de filosofía científico-natural frente a este personaje de tanta riqueza y misterio? Lo teme. Y de tal modo que opta por encerrarlo en grandes manicomios apartados de las ciudades y del lugar de origen del paciente, edificios carcelarios con ventanas enrejadas, personal de escasa cultura y gran agresividad, a cargo de médicos muchas veces extravagantes que intentan superar su propia anormalidad latente influyendo sobre destinos que podrían haber sido los de ellos. Los grandes asilos europeos del siglo pasado —que en Chile persistieron hasta la década del cincuenta— eran lugares tenebrosos donde imperaban la soledad, la miseria y también el castigo corporal.

El progreso de la Medicina somática trajo consigo una mayor "objetivación" de las enfermedades mentales, que perdieron su aspecto "numinoso", frente al cual la sociedad industrial y positivista del siglo XIX se sentía incómoda, para transformarse en "enfermedades del cerebro". Pero si este cambio en la actitud científica de los

9 Enero 1970

siquiatras significó un progreso en el sentido de la clasificación nosológica de estos fenómenos y la apertura de nuevas vías de investigación, no hubo un cambio en el "trato" de los enfermos por cuanto el postulado de su origen orgánico no hizo sino acentuar la idea tácita de su irrecuperabilidad. Esta tesis y la correspondiente deshumanización en el trato dado al enfermo mental llegó a su expresión máxima en la Alemania Nazi de Hitler, donde ellos fueron asesinados por considerárseles elementos perturbadores de la sociedad y que ocasionaban "gastos" inútiles.

Fue quizás este gran crimen histórico el que llevó a la Medicina de posguerra a preocuparse más seriamente de este problema y a abocarse a la tarea de comprender el fenómeno de la locura, devolverle su rango dentro de lo humano e intentar ayudar a los pacientes a rencontrar el camino hacia la comunidad.

Así es como la Siquiatría ha hecho progresos extraordinarios en los últimos veinte años. En primer lugar abandonó todos los prejuicios tradicionales, porque sólo de la contemplación ingenua podía surgir alguna visión reveladora de la esencia de este misterioso fenómeno humano. Y así fue como descubrió que los síntomas no eran la expresión de la falla de determinadas áreas cerebrales, sino producto de una incomunicación progresiva con el medio, que el paciente vivía como duro, amenazador e insólito desde su sensibilidad y fragilidad extremas. Descubrió también que aquella agresividad que se le atribula, y que aún hoy es el aspecto externo con que la opinión pública identifica la locura, no era natural ni necesaria en ella sino la reacción desesperanzada del sujeto que se siente solo y desvalida y que en su familia y su trabajo no encuentra sino incomprensión, recelo y hostilidad. También descubrió que si se trataba al alienado con una actitud comprensiva, interpretándole adecuadamente lo que le sucede y ayudándole a reforzar su yo en la lucha con los embates del mundo externo y los de su propio mundo caótico inconsciente, el enfermo "abandonaba" los síntomas patológicos (alucinaciones, ideas delirantes, etc.) y era capaz de reintegrarse paulatinamente al grupo familiar y al trabajo. Vale decir la locura era recuperable, o por lo menos no necesariamente irrecuperable.

Dr. Otto Dorr Zegers.